REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV San José, Costa Rica **1932** Jueves 30 de Junio Núm. 24

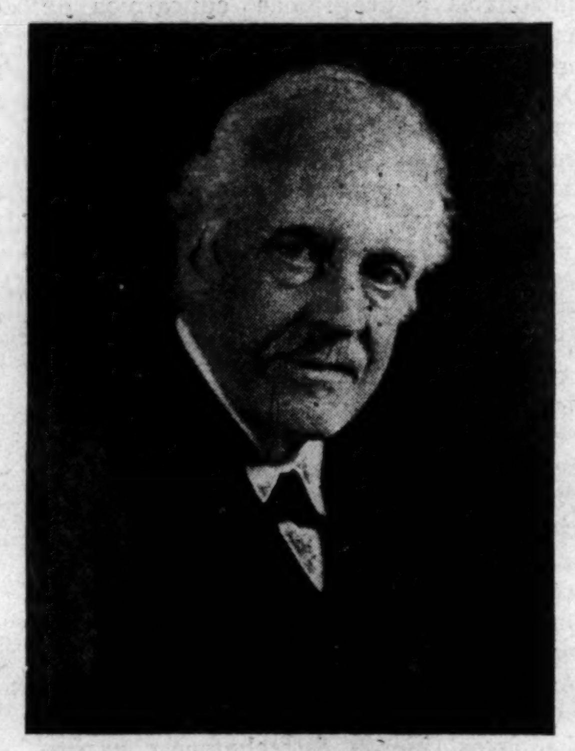
Año XIII. No. 592

SUMARIO

Balfour o el arte de vivir

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Si, como ha dicho un escritor, lord Curzon fué, espiritualmente, el último de los romanos, el finado lord Balfour fué, seguramente, el último de los griegos, no obstante haber nacido escocés: porque es posible estar emparentado en espíritu con una raza o nación distinta de la del propio origen. En realidad, por la emulación de las hazañas de los grandes de otras naciones es por lo que muchos hombres han llegado a ser grandes en su propio pueblo. Quizás es conveniente que así ocurra, porque, en otro caso, ¿cómo podría la levadura cultural de grandes razas, como la de los griegos, obrar sus milagros sobre el mundo? Durante toda su vida de ochenta y dos años—desde el 25 de julio de 1848 al 20 de marzo de 1930—Balfour fué un filósofo-estadista griego que actuó en Inglaterra. Puede que su condición de esta naturaleza combinada de filósofo-político, fuera la causa de su fracaso para alcanzar las más elevadas cúspides en la ciencia del gobierno o en la filosofía, aunque en ambas fué eminente, y, en muchas ocasiones, su política demostró ser del más alto orden. Sin embargo, el hombre estuvo algún tanto apartado de la muchedumbre, demasiado alejado, demasiado abstraído en su actitud hacia la vida, para ser un gran estadista popular en el sentido que lo fueron Cánning o Disraeli. Para ser gran estadista es necesario una imaginación concreta y realista apoyada por el entusiasmo y, aunque Balfour poseía una inteligencia excelente, estaba demasiado dominado por su metafísica y su filosofía para poder apasionarse esencialmente de ninguna gran causa. Fué un hombre que en toda su vida no tuvo un mensaje definido para la humanidad y, en el puesto de primer ministro de Inglaterra, demostró ser mucho menos humano que Asquith, Lloyd George, Baldwin o Macdonald, sus sucesores. Nunca comprendió o apreció la sinceridad, y aun receló de ella. Tan multilateral era su inteligencia, que esta condición fué a menudo su mayor debilidad en sus primeros años, así como su mayor fuerza posteriormente; ningún hombre vió mejor que él las fallas de su



Sir A. J. Balfour

propio argumento; ningún político recibió una derrota con mayor tranquilidad. No se cuidó del aplauso ni del éxito ostensible. En el período medio de su vida política podía, frente a una crisis, formar planes para el porvenir en caso de una derrota y jamás aparecía seriamente preocupado, ganara o perdiera. Y no es que esto le impidiera luchar hasta la última trinchera, generalmente con éxito. Pero, cuando se produjo su eclipse temporal, poco antes de estallar la guerra, se retiró tranquilamente concretándose a sus libros, su música, su "golf" y su "tennis", y, según todas las apariencias, era justamente tan feliz como cuando se encontraba en el cenit de su poder. Una filosofía así es la buena fortuna de pocos políticos, cualquiera que sea su nacionalidad, y rara vez es provechosa para sus carreras.

La vida política de Balfour forma ahora parte de la historia del Imperio Británico, y no tengo necesidad de extenderme sobre ella. El carácter general del hombre y los aspectos más amplios de su vida no perderán nunca interés. Nació—como vulgarmente se dice—"con una cuchara de plata en la boca", esto es, en una atmósfera de riqueza y de grandes comodidades materiales. Jamás, en ningún momento, tuvo que pensar seriamente en el problema de ganarse la vida. El considerable patrimonio en bienes raíces que heredó, era administrado por agentes y abogados, y Balfour se limitaba a extraer del Banco el dinero que necesitaba, sin molestarse nunca en averiguar de dónde procedía. No careció de nada de lo que la riqueza puede dar y no tuvo una comprensión real de la pobreza ni, ciertamente, mucha simpatía para los pobres. De muchacho, su carrera en la escuela fué sin distinción; nunca obtuvo un premio, lo que, por otra parte, no le inquietaba lo más mínimo. En la universidad de Cambridge, estudió filosofía en forma inconexa y ociosa, y fué entonces cuando, por primera vez, se manifestó escéptico respecto a los dogmas científicos y religiosos, actitud que, después, defendió en tres libros de lógica despiadada que demostraron que no había derrochado su tiempo. En este período tuvo un lance amoroso, el único de su vida, y al que nunca aludió después. No se casó, y siempre evadió toda discusión sobre asuntos sexuales. Después de abandonar la universidad, vaciló en la elección de una carrera y, con gran detrimento de la filosofía, se decidió por la política. Pero aun esta elección fué hecha sin gran entusiasmo, porque, después de haber entrado en el Parlamento, ocupó su banca sin articular una sola palabra durante dos años completos, dando lugar a que muchos miembros de la Cámara lo consideraran un mastuerzo. Parecía absolutamente desinteresado de lo que sucedía a su alrededor, y cuando al fin habló, su discurso no se distinguió ni por el tema ni por las formas oratorias. Los que vieron la alta figura, inclinada de hombros, y la delicada faz aristocrática, no pudieron profetizarle otro porvenir político que el que entonces era usual en los ingleses ricos de buena familia y con amigos influyentes. El ga-

llardo joven fué considerado como un airoso utopista, un "dilettante"; y, entre los que habían sido sus compañeros en Eton, se le designaba aún, con desprecio, con el mote de "Clara", que le habían dado en el colegio. El momento crítico de su carrera fué en 1878, cuando, a la edad de 30 años, acompañó a su tío lord Salisbury al Congreso de Berlín. A su regreso a Inglaterra, comenzó a tomar parte activa con los que hacían la oposición a Gladstone, y fué entonces la primera vez que se pusieron de manifiesto, en el Parlamento, las facultades únicas de Balfour; su destreza para desgarrar en pedazos a un opositor por medio de la dialéctica magistral, el ridículo, el sarcasmo y la ironía, ha sido rara vez igualada en las cámaras del Parlamento inglés. No era un orador en el sentido en que lo son Lloyd George o Briand, y sin dotes de retórica y de dominio como las que tenía Asquith para fulminar períodos sonoros, Balfour sostenía, sin embargo, la atención de cualquier auditorio. Se ponía de pie perezosa y serenamente, hurgaba en sus bolsillos y extraía un trozo de papel arrugado, a veces un sobre usado, en el cual había escritas unas cuantas líneas de notas. (Nunca preparó más que esto, ni aun para los discursos más importantes de su carrera). Luego, vacilante y apologéticamente, comenzaba a hablar con una clara voz de barítono. Se detenía, tal vez, para buscar una frase que, aparentemente, encontraba con dificultad. Pero cada sentencia terminada resultaba perfectamente modelada para su propósito; las palabras justas en sus justos lugares, ideas y hechos unidos en el orden más eficaz. El tipo de Balfour, en discursos y juicios, era completamente intelectual. Si fracasaba en convencer a su contrario, rara vez dejaba de quebrantar su confianza. Se abrió camino firmemente de negociado en negociado, incluso con el austero desempeño de la secretaría suprema de Irlanda, donde ganó el título de "Balfour sanguinario", hasta que, al fin, fué "leader" de la Cámara de los Comunes y, en 1902, primer ministro. En este puesto, que requiere tanta capacidad creadora, no tuvo éxito y cometió muchas equivocaciones, especialmente respecto a la psicología de sus compatriotas. Su ministerio fué barrido por la victoria liberal de 1905, y Balfour quedó completamente eclipsado por Campbell-Bannerman. Hasta que estalló la guerra mundial no pudo volver a participar activamente en la conducción de los intereses nacionales; si bien permaneció continua y forzadamente en segundo término, consagró ostensiblemente su tiempo, mientras tanto, a intereses culturales.

En ningún período de su vida fué Balfour un hombre físicamente fuerte. "Jamás he sido bastante fuerte para enfermar", dijo cierta vez. A los sesenta y tres años se retiró de la política, a causa de su falta de salud, para volver a ella de nuevo y reasumir la dura tarea durante diez y siete años más fructíferos. En el período de la guerra tuvo a su cargo el almirantazgo; luego fué secretario de Relaciones Exteriores y representante de Gran Bretaña en la Conferencia de la Paz; ayudó a la formación de la naciente Liga de las Naciones, dió la Palestina a los judíos, promovió la conferencia imperial, tuvo a su cargo la comisión de investigación científica y fué presidente de sociedades científicas y filosóficas. En edad bien madura, Balfour se convirtió en una gran figura nacional, casi en una institución, pero permaneció siendo para sus connacionales una figura desconcertante, distanciada. Se suavizó grandemente y principió a mostrarse amigo de todos los partidos políticos, aunque fiel siempre a su tradición conservadora. Su educación literaria, su ingenio y sus gentiles y bondadosas maneras le ganaban el cariño de toda clase de personas. Sus actividades crecieron en todas direcciones. Se convirtió en el consejero nacional para toda especie de temas, desde psicología industrial a las deudas de guerra, desde asuntos internacionales a programas educativos de universidades. No hubo nada que tocara en el ocaso de su vida que no lo embelleciera. Se elevó sobre la política de partido y, aunque conservador por nacimiento y, por educación, dió completamente su conocimiento y experiencia a sus contrarios por tradición, pero mantuvo hasta el fin sus censuras contra el socialismo. Alrededor de tres años atrás principió a declinar su energía hasta que, por último, hace sólo un año, decidió retirarse completamente a sus posesiones de Escocia, para pasar allí, entre sus libros, la tarde de su vida. Desde entonces no dió mucho que hablar de él. Un día se supo que sufría de laringitis, y circuló la noticia de que, constantemente, decaía su salud. Luego llegó la nueva de su muerte, característica del hombre, si es verdad el relato. Se dice que estando en el lecho, oscureciéndose cada vez más la llama de su vida, requirió la presencia de unos pocos amigos. Llegados éstos, fueron estrechamente examinados sobre la situación política e industrial del país y descubrieron que la imaginación del anciano era tan clara como lo había sido siempre, sus irónicas observaciones tan agudas como siempre y sus comentarios tan penetrantes. Cuando se aproximaba el fin, hizo venir a su fiel sirviente personal y, tomándole la mano, dijo: "Te doy gracias, James, por todo lo que has hecho por mí". Estas fueron sus últimas palabras. En la habitación próxima, comunicada por una puerta abierta, un amigo comenzó a tocar al piano las piezas de Bach, Handel y Beethoven que tanto deleitaron siempre a Balfour. Ahora él descansaba sobre las almohadas, débilmente consciente durante un corto tiempo, y con una gentil sonrisa dibujada en sus nobles rasgos. Se marchitó sosegadamente. Y así terminó una vida que había sido de perenne juventud y trabajo en favor de la nación, una vida sin una sola recompensa pecuniaria; una vida pasada sublimemente activa en medio de grandes acontecimientos y una vida que fué, aun en su fin, filosófica sobre todo.

Los que conocieron a Balfour íntimamente, dicen que el atractivo que ejercía en todas partes, en público, no era comparable al encanto que demostraba en su vida privada. En el hogar se sentía perfectamente en toda compañía. "Jamás estoy aburrido", dijo una vez, y en esta frase, creo, se revela el corazón del hombre. Esto explica por qué encontraba placer en la conversación con hombres y mujeres que eran social o intelectualmente inferiores a él. Nada le agradaba tanto como que un obrero le describiera algún detalle del trabajo en la fábrica. "Me gusta oír a todo hombre que explica algo que él conoce mejor que yo", solía decir. Le complacía, sobre todo, la conversación de sobremesa con amigos, en una salita simpática. Se reclinaba encogido en un sofá, con una benevolente sonrisa detrás de sus gafas, mostrándose un magnífico oyente de la charla de los demás. Si recaía la conversación sobre ciencia o filosofía, se encontraba más a gusto. Se adueñaba de sus oyentes y, con su dócil voz cultivada, daba suelta a sus vastos conocimientos y delicada imaginación, arrastrando a todos con él en alto vuelo de metafísica o en una meditación esplendorosa sobre literatura, arte, música, o matemáticas. En lo que respecta a música, podía hacer lo que pocos hombres pueden, esto es, apreciarla intelectualmente. Por esto músicos profesionales consideran el tratado de Balfour sobre Handel como una de las más hermosas obras de sensibilidad y crítica musical. Mantuvo al día sus conocimientos en una docena de campos y, en realidad, en los últimos años, se encontrarían entre los vivos pocos hombres que dominaran, desde tantos aspectos, la vida práctica e intelectual. Además, poseía en grado poco común el sentido humorístico, y podía provocar una sonrisa a voluntad. Pocas personas saben que a Balfour se le debe, más que a ningún otro hombre, la actual popularidad del "golf" y, quizá también, del "tennis". La suya fué una vida llena de opulencia en todos los sentidos del mundo, y difícilmente se puede recordar una más completa. Siendo esencialmente un hombre de gustos sencillos, sabía perfectamente cómo disfrutar, y por muy ocupado que estuviera encontraba siempre tiempo para asistir a un concierto, una obra teatral, una comida privada o pasar un domingo con amigos en el campo. Durante cerca de ochenta años se movió en forma muy sosegada a través de un número asombroso de actividades. Parecía sosegada sólo por la gracia de que la revestía. Y cuando murió, murió como yo creo que debe morir un filósofo, escuchando la música que más le agradó. El nombre de Balfour no es en manera alguna, el más grande de los políticos ingleses del último medio siglo, pero es un nombre que siempre será recordado a causa de su asociación con la cultura y los buenos modales. Es un ejemplo magnífico de la más grande de todas las artes: el arte de vivir.

Charles Duff

Londres, 1931.

Refutación al General Arévalo Cedeño

= Envío de la autora =

En la persecución, Perú, a 6 de junio de 1932.

Señores Directores de
El Tiempo, *El Espectador*
y *El País*, de Bogotá.

Señores Directores:

Reproducida en un pasquín gobiernista de mi país, y fechada en Santo Domingo, Rep. Dom. he leído una carta dirigida a ustedes por el general venezolano Arévalo Cedeño, en la cual trata de hacer la apología del tirano sombrío que hoy ensangrienta al Perú. Es lástima que quien tantas veces — según dice —ha desenvainado su espada para intentar el derrocamiento de la brutal tiranía de su patria, manche así para siempre su reputación de enemigo de las tiranías, defendiendo al gendarme presidencializado que como el último maniquí del civilismo, usurpa hoy las funciones del poder en mi país. Admito que el general venezolano, falso apóstol de las libertades de América, trate de agradecer en esta forma, las melosas y frecuentes invitaciones y banquetes de los Miroquezada—ni peruanos, ni colombianos, ni panameños—; pero no es admisible que mientras todas las conciencias honradas de América protestan altivamente por los hechos inconcebibles que se realizan en el Perú, un enemigo de Gómez los justifique, y lo que es peor, atacando la limpia y gloriosa acción del Partido Aprista peruano, única garantía de redención futura para el Perú.

Parece que el general venezolano que ha vivido en Lima rodeado de la élite civilista—gamonales y aristócratas, explotadores del indio y extranjerizantes —se ha influenciado con sus cantos de sirena y resulta siendo el único que en América Latina. rompe su lanza a favor del militar que es vergüenza del Ejército de mi país. Pero resulta también de un sarcasmo insospechado que el general Cedeño o Arévalo, no haya hecho, siquiera sea por curiosidad, el balance de ese paladín de demócratas, balance que habría dado un asombroso resultado al buen aficionado a esta clase de apuntes históricos.

Si Sánchez Cerro no es un tirano con todas las agravantes de su brutalidad, de su ignorancia y de su cobardía, entonces tenemos que admitir que ni Machado, ni Gómez, ni Leguía lo son. Porque Sánchez Cerro, señor Arévalo, ha cometido más atropellos, más crímenes y más violencias en los 12 meses de poder—6 a la caída de la tiranía leguiísta y 6 ahora—que todos los tiranuelos juntos de América en la relatividad de sus distintas etapas de gobierno.

Para un militar como Arévalo que persigue el poder para copiar, en copia trágica, al coronel Sánchez Cerro, o sea para continuar la oprobiosa tiranía del gomecismo, es lógico que todos los actos del actual régimen militar-civilista del Perú estén perfectamente justificados. Pero para la democracia de América no puede jamás aceptarse como lógicos y necesarios los crímenes y atropellos a las leyes de la República que el tirano galoneado y sus sayones, vienen cometiendo, amparados por leyes de excepción y respaldados por un nuevo ejército de mercenarios, que el civilismo ha colectado en las cárceles y en los bajos fondos sociales de las ciudades peruanas.

Juzgo innecesario volver a relatar la etapa seismesina, sembrada de cadáveres de estudiantes, indios y obreros, con que se hizo célebre el comandante civilista. He de hablar, para responder a Cedeño, solamente de la etapa seudo-constitucional.

Sánchez Cerro usurpó el poder, valiéndose del dinero civilista y del grado de ignorancia en que el tirano Leguía había dejado a la masa electora, que desconocía en absoluto sus deberes ciudadanos. Un Jurado Nacional de Elecciones, compuesto de elementos civilistas, se coludió con las autoridades de provincias y mediante el soborno y la amenaza, las ánforas—febles urnas de latón—fueron violadas, y el voto auténticamente popular, el voto consciente, el voto aprista, fué burlado. No obstante ello el Partido Aprista obtuvo 110.000 votos en las elecciones, lo que comparado a los 160 mil del candidato civilista, previo el fraude inmoral que le dió el triunfo, no significan una mayoría absoluta. El P. A. P. impugnó los resultados de las Elecciones, mientras que el civilismo admitió como efectivos esos 110.000 votos limpios que dieron las sustracciones hechas a las ánforas.

Consumada la usurpación el 8 de Diciembre, Sánchez Cerro ordena la persecución a los apristas, cumpliendo así su promesa hecha en todos sus discursos políticos, de exterminar al Partido del pueblo, al revés del Aprismo que jamás profirió una sola amenaza contra los que consideraba equivocados partidarios del civilismo. Los primeros atropellos puestos en práctica por las autoridades civilistas, dan por resultado la masacre de los pueblos del norte, Paiján, Chocope, Ascope y Sinsicap, donde son bárbaramente abaleados los pacíficos moradores por el solo delito de no ser "cerristas". No se respeta nada, y se realizan escenas, señor Arévalo, que gustarían al repertorio del tirano Gómez. Sin embargo el diarismo oficial, el "decano circunspecto" calla el crimen.

Se suceden la clausura de locales apristas, Universidades Populares, esos centros de cultura donde el pueblo ha comenzado a conocer su triste situación de paria, desde los tiempos del leguiísmo, se cierran periódicos, se apresa a partidarios fervorosos. La noche de Pascua de Navidad, en que los apristas de Trujillo celebran la tradicional fiesta cristiana, el gobierno civilista ordena el asesinato del Jefe del Partido, Haya de la Torre, y creyéndolo dentro del local aprista, se abalea éste en forma brutal. Caen muchos esa noche funesta y el diarismo oficial, el decano de la mentira, calla también, como calló durante los once años, mientras recibía la dádiva del gobierno leguiísta, precisamente por callar.

Huérfanos del favor público, los civilistas del gobierno proceden a dotarse de la famosa Ley de Emergencia que es arrancada al Congreso, sin aprobación y con cuya máscara se pretende encubrir los crímenes de esta tiranía sin paralelo en nuestra historia. Y mediante ella se comete el más flagrante atentado contra la democracia clásica, aunque no se si será la que practica el señor Cedeño. Los 27 diputados apristas son apresados dentro del recinto del Congreso, dictando las medidas de captura a las puertas del Palacio Legislativo, el propio comandante Sánchez Cerro. Naturalmente esto no lo dicen los periódicos. Deportados los diputados apristas, después de varios días de prisión y de ultrajes, acusados de una estúpida conspiración, la mano de hierro del civilismo aprieta un poco más sobre el partido que ya no cuenta con ningún medio de defensa, clausurados todos sus órganos de prensa y declarado ilegal. Y mientras los pasquines civilistas lanzan a los cuatro vientos las más infames calumnias contra el Aprismo y sus líderes, y el "decano" se asombra púdicamente de los intentos "subversivos" del P. A. P.—"secta internacional"—se hace víctima de la persecución más desenfrenada y feroz a los pocos líderes que quedan sin apresar.

Es entonces que tiene lugar aquel gesto admirable que cualquier desapasionado espectador de nuestra historia, podría calificar de estallido de la conciencia peruana. Un joven aprista, lleno del santo odio que le da su dolor de perseguido, después de hacer renuncia formal a su partido, para no comprometerlo en su audacia, descarga su pistola sobre el tirano que hipócritamente y para halagar la gazmoñería ambiente, oye misa todos los domingos en un templo de Miraflores, precisamente el balneario de lujo donde tiene montada una garconiere de escándalo.

Melgar Márquez justifica ante la historia su gesto como la protesta altiva y desesperada de una generación que temerariamente se pretende destruir. El mundo conoce el inicuo proceso que se sigue al autor y presuntos cómplices, de un crimen que no llegó a cometerse, no porque le temblara la mano al joven homicida, sino por la camisa de acero que defendía el cuerpo del "valiente" gendarme. Y el mundo sabe cómo, violando todo derecho constitucional, se juzgaba el hecho de acuerdo a una Ley de odio que no existía en el momento de cometerse el atentado.

El terror se apodera de las carnes de los anormales que hoy gobiernan el Perú. Y es de verse el despliegue de fuerzas de que se rodea el tiranuelo cuando ha de hacer sus incursiones de su garconiere al palacio o viceversa. Usando el automóvil blindado que no llegó a

usar el tirano Leguía, Sánchez Cerro es el prototipo del cobarde, poseído del delirio de persecución.

Para justificar las medidas de violencia que se siguen contra el Jefe del Aprismo, Haya de la Torre, "El Comercio" lanza a la publicidad unas cartas compradas por los Miroquezada a un comunista criollo, y fechadas en 1929, plena etapa leguiísta. Por ellas se enjuicia al Jefe del Partido y se ordena su captura. Su apresamiento da lugar a que las turbas de asaltantes que forman nuestra criolla soplonería, ejecuten uno de los actos de bandolerismo más inicuos que registran las crónicas policiales. La residencia de la familia extranjera que daba alojamiento a Haya de la Torre es totalmente desvalijada por los "elementos del orden" que realizan la captura del "disolvente" Jefe del Aprismo.

Y esto mismo se ha cometido con todas las casas de los apristas, que han sido virtualmente vaciadas por los soplones, pues para los afiliados al Partido del pueblo no existe garantías de ninguna clase.

¿No recuerda acaso el general venezolano las manifestaciones apristas que en las calles de Lima disolvía a balazos la Guardia Republicana—la nueva guardia pretoriana de la tiranía—asesinando a tantos valientes que protestaban por los atropellos a la Cámara? Esto no lo decían los diarios civilistas, pero corría de boca en boca y era el clamor general de la opinión pública de mi país. Y si los pocos líderes que quedaban libres, se escondían, no era por cobardía, sino porque—y ésto debiera saberlo quien ha sufrido persecuciones por una tiranía, como el señor Cedeño—porque sus vidas y su libertad estaban en peligro y habría sido quijotería estúpida entregarse a las garras de sus enemigos y neutralizar así la labor que en la sombra, escondidos, seguían realizando. No nos avergüenza haber usado y usar el mimiógrafo como arma para defendernos de las calumnias del civilismo. Aquí donde no existe prensa libre, y la nuestra está hace seis meses clausurada, cualquier medio de divulgación es justificable.

Nuestra propaganda doctrinaria como la económica es una demostración perentoria del acierto de nuestro programa de gobierno, al enunciarlo en la campaña eleccionaria de Octubre.

A la serie de atropellos que cito, se sigue la clausura de la Universidad de San Marcos, pretendiendo así que la juventud no se culturice, ya que el civilismo lo sabe por experiencia propia que a mayor ignorancia, mayor abyección y mayor esclavitud.

Muchos otros atropellos que sería largo detallar siguen siendo la norma de este "gobierno constitucional" civilista, entre ellos la horrible masacre de indios en un pueblito del Cuzco, acusados de comunistas, ya que aquí como en toda América, el gesto de rebeldía de las masas hambrientas y expoliadas tiene este cómodo calificativo.

El fusilamiento de los marinos del "Grau" y del "Bolognesi", tan bárbaramente justificado por el señor Cedeño, es uno de los crímenes que mayor sombra echa sobre esta insoportable tiranía. La sublevación que no tuvo carácter político y sí de enérgica protesta por el mal trato que recibían de sus superiores, el pésimo racionamiento y la falta de pago de sus salarios, no causó una sola muerte en el elemento no rebelde o civil. Fué una especie de huelga, pero el civilismo vió en su estallido, una protesta por la prisión de Haya, pues el movimiento tuvo lugar al día siguiente de ejecutada ésta. Para aterrorizar a las masas apristas y para demostrar sus fuerzas, el civilismo quiso sentar este macabro precedente. Y así en plena exaltación del miedo y del odio, se asesinó en la forma más cruel e inhumana a esos 8 valientes muchachos, sin respetar siquiera su minoría de edad. ¡Los fusilados fluctuaban entre los 16 y los 20 años de edad y sólo dos de ellos contaban uno 27 y el otro 29 años!

La masacre de todo un pueblo en el departamento de Apurimac, denunciada por los diputados descentralistas, so pretexto de que era "pueblo de bandoleros"; el envío de más de 200 hombres a las mortíferas montañas del Madre de Dios, donde son arrojados a la selva como fieras, y condenados a morir sin remedio; la prisión de muchos cientos de hombres y mujeres que llenan las cárceles, la isla de San Lorenzo y la Penitenciaría; la deportación de todo aquel que no participa en la opinión civilista; la clausura de diarios y revistas no civilistas; y el asalto sistemático a los hogares apristas por humildes que sean, no pueden de ninguna manera justificar un régimen y pretender colocarlo entre los democráticos.

"El Perú ha tenido muchos "libertadores" pero nunca ha tenido libertad", ha dicho Haya de la Torre, y qué grande verdad es ésta. Libertadores de la talla de Sánchez Cerro que recibiendo dádivas y galones del tirano ante el cual se inclinaba respetuoso tres meses antes de su caída, cuando éste declina por falta de dinero, le traiciona y mediante un motín cuartelero se apodera del poder, para superar los crímenes de la derrocada tiranía.

Miente el general venezolano cuando afirma que Haya de la Torre ordenara capturar el poder a sus partidarios. El hermoso discurso que pronunció el líder máximo del Aprismo en Trujillo, el día en que se consumaba la usurpación del mando supremo por el civilismo, es una noble lección de optimismo y de fe en los destinos de su pueblo, y de estímulo a los ciudadanos que adscritos al primer partido político de mi país, luchan por un ideal superior de justicia.

El Aprismo es el primer organismo político de mi país y lógicamente aspira a conquistar el poder, para desde allí, poner en práctica su programa de acción. No se concibe un partido político que se contente con teorizar y no desee ejecutar sus teorías. El Aprismo es la negación histórica del civilismo y como tal, está llamado a realizar una etapa de transformación social, económica y política. El civilismo es la casta despótica que pretende seguir gobernando al país de acuerdo con su mentalidad feudal, en beneficio exclusivo de sus intereses y con exclusión absoluta de las clases productoras. Como en mi país no existe democracia, el Aprismo, con una visión genial del destino de América, pretende organizar una democracia sobre bases nuevas, la democracia funcional, intentando la transformación del Perú, ya que los métodos hasta hoy seguidos no han hecho sino aproximarlo día a día a su ruina.

La doctrina aprista no es una invención feliz de Haya de la Torre. Es la resultante lógica de la realidad latinoamericana. Ella pretende solucionar los conflictos económicos y sociales de nuestros pueblos, tan hondamente afectados por la crisis del capitalismo. El Aprismo cree que es preciso un cambio de métodos y sistemas en la administración estatal, tratando de compulsar los intereses de las grandes masas de productores de la riqueza, defendiéndoles a la vez de la invasión imperialista extranjera y de las oligarquías criollas. El Aprismo es, pues, una doctrina económica que se basa en la propia realidad de América para conformar sus soluciones a esta realidad, no a la Europea o a la Asiática, como intenta, eso sí, el "comunismo criollo". El reciente intento de Chile

es una demostración palpable de que la democracia capitalista está en plena bancarrota y se impone la democracia funcional en el orden administrativo y el sistema socialista estatal en el orden político.

En lo que hace al Perú, el Aprismo ha despertado la conciencia nacional señalándole nuevos horizontes para la lucha política y descubriéndole los errores y contradicciones del régimen civilista. El Aprismo anunció el fracaso de la misión Kemmerer, y la caída de la moneda, pese a las declaraciones antieconómicas de la mayoría civilista para sostener el patrón de oro. Desde el Congreso Nacional, la representación aprista combatió las inmoralidades del régimen y el peligro de sus sistemas. Y a eso se le llamó política de obstruccionismo y de conspiración.

El señor Arévalo Cedeño, que es un militar a la antigua usanza, vale decir, bueno para el cuartel, no puede comprender estas cuestiones, ni yo pretendería que las comprendiera, y con una audacia digna de mejor suerte se atreve a lamentar que un hombre "tan inteligente" como Haya de la Torre no sea un señor civilista a las órdenes de la tiranía. Y no se percata de que las doctrinas apristas proclamadas por Haya de la Torre, son hoy el impulso vital de todo un pueblo oprimido por el civilismo y su esperanza más cierta de regeneración futura. Haya de la Torre no necesita apologistas, ya que los cerebros más ágiles y los espíritus más puros de América y de Europa han dicho de él opiniones que le enaltecen. Y allí está su obra y su vida, austera y limpia, sobre la cual resbalan todas las calumnias que el civilismo innoble ha pretendido derramar sobre él. Hoy es el prisionero glorioso de una banda de chacales, que sacian en él sus bajos instintos y no sería raro, señor Cedeño, que para satisfacción de usted y de tantos otros generales como usted, el civilismo de mi país cometiera en la persona de nuestro Jefe el más abominable asesinato. El "heroico libertador" Sánchez Cerro es más valiente cuanto más impune. Su irresponsabilidad le veda el menor escrúpulo.

Miente Cedeño cuando dice que Sánchez Cerro no gasta un centavo en fabricarse popularidad. Gastó el dinero civilista cuando pretendió el poder, y gasta hoy el dinero de la Nación en sus ridículas manifestaciones que realiza todos los días su club político.

No quiero referirme para no hacer interminable esta carta a una serie de detalles de la carta que comento, como el affaire Cuculiza, desertor del Aprismo en la hora de la prueba. Todas las grandes causas tuvieron sus Judas y no es el primero ni el último que se vende por 30 dineros. El Aprismo, doctrina muy nueva, recién ahonda en la conciencia peruana, pero su raíz es profunda, porque es raíz económica y lleva en su esencia la solución al dolor de varios cientos de miles de explotados.

Conozco la hidalguía de la prensa colombiana y su tradición de libertad irrestricta. Por eso creo que esta carta, escrita en la persecución y enviada en forma por demás dramática, sea acogida con benevolencia por sus diarios y se coloque así la verdad en su sitio. De otro lado, ya un compañero nuestro, el diputado Manuel Seoane, víctima de la tiranía leguiista primero y cerrista hoy, ha tenido ocasión de demostrar personalmente al pueblo colombiano cuáles son los métodos de "alta democracia" que practica el comandante Sánchez Cerro.

No me causa pena declarar estas cosas en el exterior, ni muchas más que llenarían muchas páginas. Mi generación no es culpable del grado de aberración en que se encuentra el Perú. Todo lo contrario, las juventudes libres del Perú, agrupadas bajo las banderas del Apra pretenden reinvindicar la tierra de los incas del oprobio en que se encuentra y librarla para siempre de su vergüenza, mediante la derrota de la casta que así la agobia y la enloda. En el momento presente estamos empeñados en una lucha a muerte contra todo lo que de carcomido y de corrupto tiene nuestro país. Sabemos bien lo que esto significa y sin alardear de libertadores providenciales, cumplimos nuestra tarea histórica, seguros de que ella se justificará en el porvenir.

Saludo a ustedes, señores Directores, con nuestro ya inmortal grito de afirmación:

Sólo el Aprismo salvará al Perú y a la América Latina.

Magda Portal

Renglones alusivos

Perseguidos por las jaurías del sancho-civilismo, los revolucionarios del Perú han sido condenados a la ilegalidad. Hostilizados, ocultos, cazados a balazos cuando se les localiza; mas, irreductibles y valientes, los peruanos de estos días continúan dados a su tarea de agitadores de conciencias, de canalizadores de rebeldías. Este poema,—enviado a nosotros por corresponsal anónimo, anónimo él mismo—es una prueba de ello. Exaltan esas estrofas el sentido revolucionario de la protesta de los marineros del «Almirante Grau», insurgidos contra la sucursal de bajalato turco que gerencia en Lima el Sánchez Cero. Los jefes de esa protesta popular — sargentos, cabos y soldados de la marinería de guerra — fueron condenados a la última pena. «Ocho cadáveres jóvenes» decoraron un día de mayo de mil novecientos treinta y dos el paisaje desolado de la Isla de San Lorenzo. Para legalizar el crimen, señores de toga gangonearon artículos de código y «El Comercio» tocó aleluyas desde la torre mayor—ciudadela de reacción, incubadora de tropelías—de sus editoriales.

Sea propicia esta oportunidad para reafirmar la posición indesviable de las nuevas generaciones venezolanas, de solidaridad con todos cuantos luchan en el Perú contra el conturbenio Sánchez Cero-Miró Quesada.

Rómulo Betancourt

San José, C. R., junio de 1932.

Han muerto ya

Ellos han muerto ya.
Sus cadáveres fructifican las ásperas arenas de la isla,
rosas de sangre decoraron la soledad
donde el dolor ha hecho su posada.

No temblaron las manos de los que asesinaron
ocho vidas en plenitud, grávidas de esperanza.
No temblaron las voces que dieron
la siniestra orden de "fuego".
No temblaron los jueces que dictaron el tremendo [fallo,
atropellando la Ley.

Han muerto ya.
Trunca su juventud—muñones sangrientos
de manos rebeldes que clamaron justicia,
sobre la isla solitaria
se alzarán en perenne reclamo de venganza.—

Ya no están sobre la tierra clara
que todavía el sol de mayo orea,
oh, mes de Mayo!
cómo eres fecundo en víctimas
Ocho víctimas jóvenes [gloriosas!
que han escrito sus nombres para siempre
en el martirologio de los pueblos que luchan
y que han hambre y sed de justicia,
trofeo doloroso de la lucha social.
Al lado de los nombres siniestros de sus trágicos [verdugos.
amparados por una ley de odio y extermino,
la historia recogerá el clamor
de los que murieron jóvenes y puros,
iluminados por el santo fulgor
de la lucha revolucionaria!

Pueblo, recógete! Han muerto.
Son ocho víctimas propiciatorias
como ocho candelabros
iluminados por el ocaso sangriento de la isla
acusando perennemente a los traidores,
a los caínes, que no supieron
volver el arma fratricida contra los verdugos
que ordenaban la gran carnicería.

Murieron con palabras terribles en la boca
de acusación para los asesinos.
El eco recogió su mensaje
que hoy recorre la tierra, enredado en las ondas.
Llegará a los pueblos del mundo
y hasta el corazón de los que sufren
la injusticia social,
levantando un incendio de protestas.

¡Ellos son ya del mundo,
como los de Chicago, como los de Massachussets,
como todas las víctimas de la lucha de clases.

Han muerto ya.
No tuvieron ni tiempo de saborear la vida,
luchando de la noche a la mañana
por el triste pan de cada día.

Dios... ¿Hay Dios para los pobres?..

Seguirá el mar impasible su canción
besando los flancos de la isla
donde se pudren en vida
tanta víctima de la tiranía.

Y donde, desde hoy,
ocho cadáveres jóvenes
impregnarán las yodos y las sales del mar,
y el viento que recorre el Perú,
con sus fluídos generosos...

Han muerto, compañeros!, cómo cuesta creerlo!

11 de mayo de 1932.

Labor Redentora de la Liga de Escritores Revolucionarios del Perú.

La Iglesia y la guerra

El problema metafísico y moral

(Véanse los números 12, 14, 16, 17, 19 y 22 del tomo en curso)

Hay quienes van más allá y dicen que, en vista de la amistad de Nuestro Señor y de San Juan Bautista, y de San Pablo, con soldados, no puede considerarse el Evangelio como amigo de los soldados y enemigo de la guerra.

Sería tanto como decir que el Evangelio no puede ser considerado como amigo de los pecadores y enemigo del pecado.

Cristo siempre hace diferencia entre la persona y la cosa, entre el pecador y el pecado. Al pecado lo condena; del pecador tiene piedad. Nosotros estamos continuamente en la misma posición. El socialista maldice al capitalismo, mas tiene bendición que darle al **individuo** capitalista; y un pacifista puede ser el más firme adversario de cuanto sea militar y, ello no obstante, tener para con el **individuo** soldado la más entrañable amistad.

¿Cómo puede deducirse, de no haberles exigido a los soldados que abandonasen su profesión, que San Juan Bautista y Nuestro Señor y San Pablo hayan aprobado la guerra? ¿Acaso los cristianos, sacerdotes y religiosos, no tienen trato diario con gente de cuyos puntos de vista y de cuyos modos de vida desaprueban, sin considerar que sea necesario exponerles su error?

Ni Cristo, ni San Juan, ni San Pablo les dicen palabra en contra de su religión pagana a los soldados romanos; pero de ello no puede deducirse que la aprobaran. El método de conversión del Evangelio siempre es delicado, tierno. Su espíritu obra lentamente, como la levadura, en las masas judías y paganas, y sólo busca error e imperfección de que librar despacio. Pero, en realidad, este **trato amistoso de Cristo y Sus Apóstoles—con soldados extranjeros** (dato que **hay que tener muy presente**)—es cosa **decididamente** opuesta al espíritu guerrero, pues nos demuestra que estaban libres, Nuestro Señor y los Suyos, del sentimiento bélico nacionalista.

No debemos cometer el error común, tántas veces cometido por quienes quieren a todo trance justificar la guerra, de apremiar la letra, o algún ejemplo, sin entereza cabal y sólo para sacarle el significado que les conviene. Seguramente que esto le sería más fácil al enemigo que al amigo de la guerra. No hay qué no se pueda "probar" con las Santas Escrituras en la mano. Ello no obstante, el espíritu de los Evangelios es suficientemente claro: Justicia, amor, paz, humildad. Porque ese espíritu es justo, no puede, en ciertas circunstancias, prohibir que a la injusticia se le haga frente y oposición por medio de la fuerza. El Pacifismo Radical, o quietismo anárquico de Tolstoi, que niega este derecho de usar la fuerza, se convertiría en evangelio de latrocinio y de asesinato si lo adoptase cualquier Estado. Lo desacredita absolutamente el relato evangélico de cómo Nuestro Señor limpió el Templo cuando empleó fuerza física para echar fuera a los mercaderes y compradores y derribó las mesas de los agiotistas. A los que vendían palomas les dijo: "No hagáis la Casa de Mi Padre guarida de ladrones". Se nos dice que Sus Discípulos recordaron el texto que dice: "El celo por Vuestra Casa me ha consumido" (Juan II., 14-17). Las palabras de Cristo, "Pero no os opondréis a los hacedores de mal" (San Mat. V., 39), no deben tomarse como paciente aceptación de la injusticia. Es muy cierto que El prohibe la sentencia del Antiguo Testamento de **Ojo por ojo, diente por diente,** la idea, esto es, de que tenemos **derecho** de venganza, derecho de pagar mal con mal. Lo que significa Su mandato es que no se debe contrarrestar el mal con el mal, sino al contrario, "como Yo lo hago", con el bien.

La renunciación de este derecho de resistencia verdaderamente que afecta al individuo particular cuando injustamente se le acusa y se hace recaer sobre sólo él el sufrimiento.

Es deber perenne del cristiano velar por que, cuando se defiende del mal, no se haga mal a sí mismo.

Si se pudiese hacer la guerra en el espíritu que Cristo demostró en el Templo, con ese celo todo abrasador por el Honor de Dios, como ayudante de Dios, como ejecutor de Su justicia en persona de los malhechores (Rom. XIII. 4, Sto. Tom. II, IIae 40, I), entonces la guerra se justificaría delante del tribunal de juicio del Evangelio, pero sólo en ese caso.

El sentido común nos dice que la **justa causa** de una guerra debe ser más que la **culpabilidad material.** La idea de justicia que anima al Evangelio es más elevada y más profunda que la del Antiguo Testamento. A los cristianos, y por tanto a los políticos, estadistas, soldados y generales cristianos, Cristo dice: "A menos que vuestra justicia sea mayor que la justicia de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos. Oísteis que fue dicho a los antiguos: **No matarás,** mas Yo os digo que quien se enoja con su hermano, y quien dijere a su hermano **Raca,** obligado será a juicio, y quien lo llame **insensato** (uno que olvida a Dios, **Gottvergessener)** correrá riesgo del gehenna del fuego". (San Mat. V., 20-22).

Tal es el juicio de Cristo. Es hondo y severo, se adentra en el corazón y prohibe no sólo el hecho, el acto, injusto, sino también el injusto sentimiento.

Si ése es el espíritu del Evangelio, ¿cómo hemos de imaginarnos que le dé su aprobación a la guerra?

Hasta aquí no hemos pensado más que en la justicia del Evangelio, no en su Amor, ya que espera que amemos a nuestros enemigos! ¡Que los amemos siempre! **Antes de la guerra,** durante la guerra y después de la guerra. "Habéis oído que fue dicho, **amarás a tu prójimo,** mas yo os digo, les haréis bien a aquellos que os odian, rogaréis por cuantos os persiguen y calumnian. Porque si sólo amáis a quienes os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen los publicanos otro tanto? Sed vosotros también, perfectos, así como es perfecto vuestro Padre que está en los Cielos" (San Mat. V., 43-48).

Quienes desean ser buenos cristianos y, a la vez, buenos ciudadanos de este mundo, se quedan perplejos con palabras como ésas: Sus deberes de religión y sus deberes mundanos están en conflicto aparentemente honorable pero doloroso. Se necesita verdaderamente tener una gran amplitud de mente y de corazón si hemos de entender esas palabras y sus consecuencias. A todas las sectas les falta amplitud para esto. Su existencia misma depende de su unilateralidad. Su visión está fija y limitada a sólo un lado, a casi una sola palabra de la enseñanza del Evangelio. No hay más que una verdad, generalmente no hay más que parte de una verdad, en este punto de vista unilateral, y en ello estriba la fuerza y la debilidad de las sectas. Su fortaleza, porque todos sus esfuerzos se concentran en este punto. Su debilidad, porque pierden el punto de vista universal.

Aquellas sectas que condenan la guerra siempre y bajo cualesquiera condiciones, ven en el Evangelio nada más que amor y paciencia y paz, sólo al Cristo que es manso y humilde de Corazón y que sufre las iniquidades de buen grado. Cuando se les confronta con la severa manera de limpiar el Templo, se ven obligados a una explicación como ésta: "El Señor Jesús, cuando limpió el templo, hizo un azote de cuerdas, mas ello no prueba que lo haya usado, o que los mercaderes se atemorizaran con eso. Fue únicamente a una manifestación de la paz divina, a lo que se vieron obligados a rendirse. El azote puede que lo haya usado para echar fuera al ganado". La cita es tomada de Juan Horch.

Igualmente pasan por encima de la solemne advertencia de San Pablo de que las potestades que hay las ha ordenado Dios, para terror de los malhechores, y que esas potestades no han de blandir la espada en vano sino que han de usarla en el Nombre de Dios, vengadores en ira contra los malhechores. (Rom. XIII., 4.)

Hacen tal hincapié en el amor que abunda en el Evangelio, que se olvidan de la justicia. El Evangelio es anchuroso como Dios Mismo, circundado de la mayor misericordia y de la justicia máxima, por el Cielo y el Infierno. La justicia, la fuerza, la severidad, el evitar el mal y el castigarlo, deben perdurar y perdurarán. Esta es la respuesta a aquellos que interpretan mal la enseñanza de Cristo respecto del Amor—aún del Amor a nuestros enemigos—y que hacen Su Enseñanza inútil en la vida real, especialmente en la vida del Estado.

Por otra parte, no debemos aminorar el mandato evangélico del amor, como

no debemos imponerle mengua al mandato de justicia.

La justicia evangélica es aplicación de la fuerza, pero libre de toda pasión pecaminosa, de todo odio, de todo amor de lucha y amor de venganza, y libre de toda concupiscencia de poderío y de posesiones; y, excepto en los casos más raros e insólitos, esa justicia emplea métodos espirituales más bien que de fuerza. Y aquí cabe decir una palabra a quienes no aprenden de veras el espíritu del Evangelio.

Juzgan menor de lo que son, su verdadera fuerza y poder.

Creen que la dureza de la vida, y de los hombres los unos para con los otros, prevalece sobre el amor y sobre los métodos espirituales.

La suerte que les depararon a Cristo y los mártires, prueba eso.

La suerte que Cristo y Sus verdaderos Discípulos han deparado, prueba exactamente lo contrario.

Las armas espirituales del amor, que Jesús y Sus seguidores blandieron, son incomparablemente de más filo y de mayor poder que las de cualquiera potencia guerrera. Este o aquel reino político ha surgido por virtud de la espada, pero sin duda ninguna, por causa de su espada propia o de la de sus enemigos, ese reino se ha debilitado, grado a grado, y, al fin, ha sucumbido.

Por medio de la espada las cosas quedan como estaban. Los beneficios que se obtienen por la espada no son reales, no pueden satisfacer las más elevadas necesidades del hombre. Sólo las cosas del espíritu y del amor nos pueden satisfacer, darnos beneficios efectivos. Estas son las cosas que de veras construyen el mundo, y el progreso de la verdadera cultura (que es algo distinto de la civilización) es posible sólo cuando poseemos espíritu de paz y de amor.

El derrotero de ese espíritu es frecuentemente de sufrimiento, como en el caso de Cristo y de los mártires; pero al final se obtiene el triunfo,—el triunfo del espíritu del amor.

Desgraciadamente, los políticos de ningún estado han ensayado los métodos de la justicia y del amor evangélicos: El Estado que lo hiciere sería en verdad el más grande y más maravilloso del mundo. Tal ideal puede que no llegue a realizarse hasta el milenio, pero la conciencia cristiana debe mantener perennemente presente ese ideal de la justicia y del amor de Cristo, aunque jamás haya de hacerse efectivo.

La abolición de las guerras es seguramente la necesidad que más urge entre todas las medidas de sana política cristiana. Tomemos cualquiera de las causas de las guerras que ha habido en el curso de la historia y apliquémosles la medida de la Enseñanza de Cristo. Puede que en algunos casos haya habido grande provocación, pero ¿hubiera El autorizado al Estado provocado a declarar la guerra y mandar millones de hombres a la muerte? ¿Debiera rey cualquiera, o ministro, o político, que se llame cristiano—esto es, Discípulo de Cristo—decidir en cualquier **casus belli** de manera distinta de la Su Maestro y Señor, Jesucristo?

Esta es la pregunta única que concierne a los cristianos.

El cristiano que tiene normas distintas de justicia para la vida política y para la vida privada, difiere de Cristo. Para Cristo no hay una doble norma de justicia, no hay un interés político paralelo al interés religioso. La política ha de ser religiosa. La solución que buscamos no es realmente la de "Paz a cualquier precio" sino la de "Justicia a cualquier precio". Pero es la justicia de Cristo, que persigue inexorablemente al asesinato, al odio, a la amargura y al rencor. Toda guerra emprendida por fin que no sea el celo por la justicia de Cristo,—que significa el orden moral que El anunció y que El exige,—no la debe aceptar la conciencia cristiana. Si este propósito, que es el único tolerable, no lo puede lograr el mundo de hoy, entonces la guerra pierde todo derecho de ser, y pierde ese derecho más completamente ante el tribunal del Evangelio que ante el del Derecho Natural.

Franziskus Stratmann, O. P.

POETAS SAXOAMERICANOS MODERNOS

El halconero de Dios

por

WILLIAM ROSE BENÉT

Oda mística traducida al castellano por SALOMON DE LA SELVA



William Rose Benét

Eché a volar, como un halcón, mi alma.
Le dije: "Espera, espera que yo agite
los nidos de las garzas
debajo de la luna...
Tendrá plumón de plata
la garza que yo asuste con mi ruido,
y al extender las alas
ha de lanzar un grito
en que dirá maravillosas ansias:
el secreto profundo de los astros,
y la respuesta cálida
del corazón del mundo a sus pesares:
"¡Sobre esa garza arrójate, y sujeta, con tus
uñas, sus alas!"

Con mi vara azoté los tremedales.
En las alturas, como halcón, mi alma
acechaba la presa. Debajo de la luna,
a la orilla del mar, entre las cañas,
oí: la somormuja
siniestra se quejaba...
Y de pronto surgió como un relámpago
(¡oh, su plumón de plata
y el fragor de sus plumas!)
la garza de mi anhelo. Yo vi batir sus alas
en medio a las estrellas,
y vi confusas a las nubes pálidas
al lanzarse mi halcón y desgarrarle,
con las uñas, las alas...

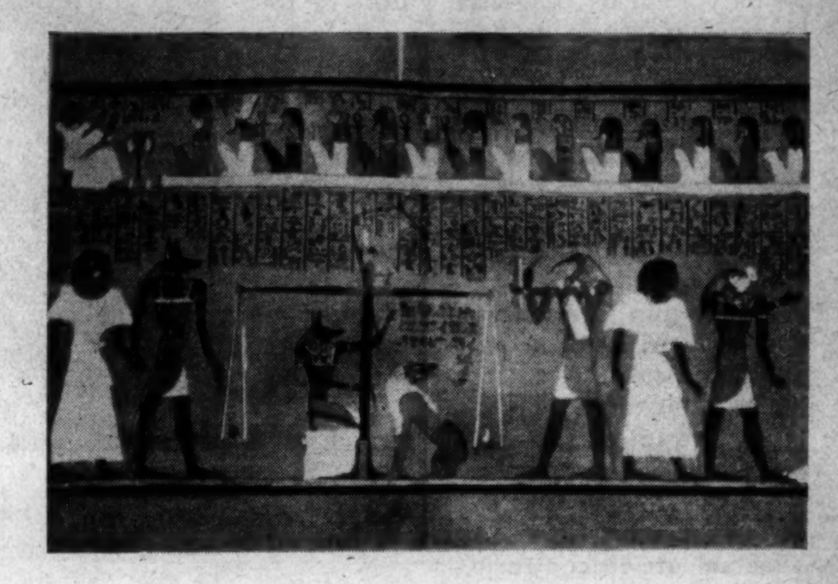
Rápida mi alma descendió de lo alto...
¿Con despojo celeste entre las garras?
¿Con el ave radiosa de mi ensueño?
¡Ay! ¡no! Con presa informe, ensangrentada:
rotas las cuerdas del sonoro cuello,
negro el plumaje que soñé de plata;
toda la maravilla
de sus alas ligeras destrozada...
¡Qué bella pareciste, garza muerta,
cuando primero te anheló mi alma!

Y todavía, como halcón, su vuelo
mi espíritu levanta.
Debajo de la luna
perseguiré una garza:
la garza que yo asuste con mi canto
tendrá plumón de plata!
Y agito los juncosos tremedales
mientras hinche mi pecho la esperanza,
y acecha el alma mía en las alturas
a la presa celeste de sus garras...

De "El Libro de los Muertos" egipcio

(3500 A. C. et seq.)

= Versiónes de *Salomón de la Selva* para *Repertorio Americano* =



Fotografía del un trozo del ***Libro de los Muertos,*** del papiro de Hunefer, hallado en Tebas y adquirido por el Museo Británico en 1852. Este papiro parece ser del tiempo de Seti I, rey de Egipto que floreció por el 1370 a. C.

La viñeta representa en la hilera superior a Hunefer, el difunto, de hinojos delante de una mesa de ofertas, en adoración de catorce dioses sedentes en orden judicial. La ilustración inferior nos muestra la ***Psychastasia*** o acto de pesar la conciencia: El dios Anubis, cabeza de chacal, examina el fiel de la balanza en que se pesa el corazón (colocado en el platillo de la izquierda y representado por un jarrón canópico), en el que reside la conciencia, contra la pluma (colocada en el platillo derecho) que simboliza la Rectitud y la Verdad. A la izquierda, Anubis conduce al difunto llevándolo tomado de la mano izquierda. A la derecha del árbol de la balanza se ve el monstruo Amemit, devorador de quienes son hallados faltos de verdad y de rectitud. Las tres figuras a la derecha del grupo central son Thoth, el escribano de los dioses, divinidad cabeza de ibis, ocupado en anotar el resultado del juicio; a su derecha aparece el difunto a quien el dios Horus, «el Vengador de su propio Padre», conduce a la presencia de Osiris.

El original mide 1 pie y 3 3/8 pulgadas de ancho.

La escritura jeroglífica contiene la oda de Hunefer, el difunto, a su corazón (Cap. XXX B del ***Libro de los Muertos):*** «Mi corazón, mi Madre; mi Corazón, Madre mía»; y la sentencia absolutoria, de Thoth: «Así dice el gran dios Thoth».

Véanse los fragmentos de ***El Libro de los Muertos*** publicados en ***Repertorio Americano*** del 5 de marzo de este año.—S. de la S.

2

CAMINA DE DIA

Soy el Ayer, soy el Hoy, soy el Mañana,
la Divina Alma Oculta creadora de los dioses
y nutridora de los bienaventurados.

Soy el Señor de quienes se Levantan de la Muerte
y cuyas formas son lámparas en la Casa de los Muertos:
La Tierra toda es su altar.

¡Cuando se alumbran de cristal los cielos,
alumbradme entonces el camino, ensanchadme el sendero,
vestidme de luz!

¡Cuando el anochecer cierra los ojos del dios
y la puerta que se abría en el muro,
resguardadme entonces del que Duerme en la Oscuridad!

A la alborada entreabrí las ramas del Sicomoro:
Mi forma es la de todos los hombres y todas las mujeres:
Mi espíritu es Dios.

DEFIENDE SU CORAZON CONTRA EL DESTRUCTOR

Soy el Limpio; el Decidor de la Verdad; el que ha Triunfado:
Soy el Príncipe en el Campo: Soy Osiris.
En el cuarto en que nació, nací con él;
con él, cuando murió, me hizo presa la Muerte
y hoy con él revivo.
Mi corazón ha sido juzgado en presencia de Osiris
y nadie ha de arrebatármelo ahora.
Si, este mi corazón se ha lamentado delante de Osiris,
se ha vertido en súplicas en la Sala del Juicio,
mas hoy reposo victorioso y en paz
en la Montaña de la Eternidad.
Alargo la mano y en mis dedos se enreda la brisa que sopla del sur;
se expanden mis narices y se llenan del viento del oeste;
y ando hecho llama para alumbrarle el camino al que Abre los Portales de los Millones de Años.
Yo soy la bandera que despliegan, tiernas, las plantas y, frescas, las flores;
yo soy la zarza florecida que jamás se marchita.

AFIRMA SU TRIUNFO

¡Salve, el que brillas desde la Luna,
el que recorres la noche pobladísima
levantando alto la antorcha!
Yo también llego, oh, Alma Reluciente,
firme sobre mis propios pies
pese a las sombras sinnúmero de mis enemigos.
¡Abre en pampa las Puertas de la Muerte,
ábreme a mí que llevo Vara de Oro
y que supe triunfar sobre todas las Tinieblas!

ENTRA EN LA CASA DE LA DIOSA HATHOR

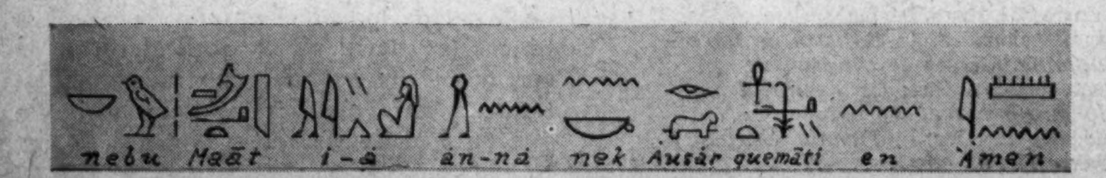
Soy el viajero limpio:
Contémplame. ¡Contémplame
oh, Ahí del dintel!
Pues he aquí que yo también deseo
seguir a la diosa del amor.

SE EMBARCA EN LA BARCA DE RA

¡Salve, gran Dios en tu Barca!
¡Déjame ser tu marinero!
Déjame conversar con tus barqueros
del Amanecer y del Poniente.
He llegado a tu puerto:
Llévame tú en tu Barca.
Hazme del número de los que viajan contigo
entre las estrellas que no duermen.
No he tocado nada sucio
ni nada que no fuera sagrado.
Barca de la Mañana y Barca de la Tarde
me traen alimento desde tu altar.
Mi pan es la cebada blanca
y mi cerveza de cebada bermeja.
Puro es el corazón que canta el himno
en el seguro del puerto después de muchos viajes.
¡Déjame embarcarme contigo, oh, Ra!
¡En tu Barca, oh Viajero!

ORDENA UN VIENTO FAVORABLE

¡Abreme!
¿Quién eres tú? y adónde vas?
¿Cuál es tu nombre?—
¿Mi nombre? Soy uno de vosotros.
He aquí que salgo rumbo al templo de los dioses,
y mi barca se llama Congregadora de Almas.



¡Oh Señores de Maât! llegué y he traído para ti, Osiris, al cantor de Amón

(*Jeroglíficos:* Extracto del Manuscrito de Auhai. Debajo de los jeroglíficos colocamos sus equivalentes en sílabas escritas a nuestro modo; y en el tercer renglón, la traducción al castellano.)

Martí y los niños

NIÑO CON DIGNIDAD Y DECORO MODELO DE HOMBRES Y DE CIUDADANOS

A los diez y seis años empezó Martí a combatir contra la metrópoli española y a laborar por la independencia de su patria, y fué el periódico el medio que eligió para librar las primeras batallas en la obra grandiosa, a la que había de consagrar desde entonces su preciosa existencia, viviendo, puede decirse, tan sólo para la libertad de Cuba, y por ella muriendo, como bueno, en una última ofrenda y supremo sacrificio, ratificación gloriosa de sus prédicas y sus campañas.

En todas éstas, realizadas, ya en su patria, ya en España, ya en los Estados Unidos o en las patrias hermanas, de la que él llamaba "Madre América", eligió Martí el periódico como el medio más adecuado de difusión de su propaganda separatista revolucionaria; y el periódico fué también para Martí medio de ganarse la vida, pobrísimamente, en sólo lo indispensable que él necesitaba para poder trabajar por Cuba, durante la larga y azarosa peregrinación patriótica a través del Continente.

Tanto en los colegios San Anacleto, de Rafael Sixto Casado, y San Pablo, de Rafael María de Mendive, como en el Instituto de la Habana, dió Martí, niño, según hemos visto, pruebas constantes de su claro talento y su extraordinaria afición por los estudios. Ya en esa época de su vida, latía, además, en su corazón el amor a la patria y la rebeldía contra sus dominadores y tiranos, nobles sentimientos que Mendive alentó con su ejemplo y sus prédicas.

Dice Valdés Domínguez que, "recordar aquella época de la vida de Martí, es tanto como empezar a anotar en su historia triunfos y honores" alcanzados en las aulas, "que fueron teatro de sus primeros triunfos como escritor y poeta"; y sucesos políticos trascendentales, como el grito de independencia lanzado en la Demajagua, por Céspedes, el 10 de octubre de 1868, avivaron el amor patrio de Martí, ennoblecido aún más, al decir de Valdés Domínguez, por las palabras de Mendive.

Con extraordinaria precocidad de inteligencia, entusiasmo por los estudios y relevantes aficiones literarias, unidas todas esas cualidades a un fervoroso patriotismo, no es de extrañar que, apenas concedida por Decreto del General Domingo Dulce, de 9 de enero de 1869, la libertad de imprenta, Martí se apresurara a publicar un periódico en el que pudiera dar expresión a su amor por las letras y por la patria.

El **Diablo Cojuelo,** fué el título del primer periódico que acogiéndose a ese decreto, publicó Martí en unión de Valdés Domínguez.

No vió la luz más que un solo número, el 19 de enero de 1869, de cuatro páginas, editado en la imprenta **El Iris,** **Obispo 20.**

Martí, niño

Prólogo de la edición de LA EDAD DE ORO, publicada por la CULTURAL, S. A., en La Habana, en 1932.

(Concluye. Véanse las entregas *22 y 23*)



Martí en la mocedad
(Vestido de presidiario)

Aunque no aparezca expresamente determinado que Martí dirigiera **El Diablo Cojuelo,** y Valdés Domínguez en su carta a Quesada, dice que él lo publicó, las declaraciones de éste en **Ofrenda de hermano** y el hecho de que Martí redactara el fondo y algún suelto, prueban la participación directa y principal de Martí en el periódico, y, desde luego, que fué por él fundado, conjuntamente con Valdés Domínguez, y su inspirador e iniciador.

En el artículo de fondo, Martí comenta el alcance, bastante limitado, que tenía la libertad de imprenta.

Habla también Martí de la libertad de reunión, que, en realidad consistía en reunirse para decir, los interesados en ello, que "es una iniquidad la abolición... y la insurrección es la ruina del país", o para que varios "de esos que se llaman sensatos patricios, y que sólo tienen de sensatos lo que tienen de fría el alma, reunan en sus casas a ciertos personajes de aquellos que han fijado un ojo en Yara y otro en Madrid, según la feliz expresión de un poeta feliz", a los que, dice Martí, "a ser yo orador, o concurrente a juntas, que no otra cosa significa entre nosotros la tal palabra, no sentiría por base de mi política eso que los franceses llamarían afrentosa **hesitation.** O Yara o Madrid".

Tiene este editorial página y media, estando ocupadas las dos páginas y media restantes por breves notas y comentarios, irónicos e intencionados, sobre periódicos como **La Verdad,** el **Diario de la Marina, La Prensa,** sobre el folleto de J. M. Zayas, **Cuba. Su porvenir;** sobre la Universidad; sobre los Generales Dulce y Lersundi y sobre distintos sucesos políticos de esos días.

Ese trabajo de **El Diablo Cojuelo,** fué no sólo el primer artículo periodístico de Martí, sino también su primer trabajo político y patriótico—pues así lo declara el propio Martí, en el primer párrafo: "Nunca supe yo lo que era público—dice—ni lo que era escribir para él, más a fe de diablo honrado, aseguro que, ahora como antes, nunca tuve tampoco miedo de hacerlo".

De **La Patria Libre** sólo se conservan dos ejemplares. Uno que posee nuestro amigo el sabio bibliógrafo e historiador, Director competentísimo de la Biblioteca Nacional de Cuba, doctor Francisco de Paula Coronado. El otro lo poseemos nosotros y nos fué donado por la señorita Georgina Arozarena, que lo hubo de su tía, la señora Micaela Nin, viuda de Rafael María Mendive.

La ficha bibliográfica de este periódico es la siguiente:

La Patria Libre, semanario democrático-cosmopolita. Precio 20 centavos. Año 1º Habana, 23 de enero de 1869. Núm. 1º 41 cm. largo x 28 cm. ancho, 8 p. de a 3 columnas, Imp. y Lib. **El Iris,** Obispo, 20 y 22.

De los trabajos en prosa que aparecen en el número, referentes todos ellos a problemas de actualidad o de interés en aquellos momentos para la colonia desgraciada, o a temas extranjeros que a Cuba pudieran aplicarse, no es posible precisar si alguno de esos artículos fué escrito por Martí.

El poema dramático **Abdala** sí se tiene la certeza que fué escrito por Martí, según las afirmaciones ya copiadas de Valdés Domínguez.

Abdala y **Amor con amor se paga,** escrito este último en México, cuando lo visitó Martí por primera vez, son los únicos ensayos teatrales del Apóstol, obras de la primera juventud, de relativo valor literario.

En el canto bélico **Abdala,** se ponen en boca de hijos de Nubia, lugar donde aparece desenvolverse el drama, viriles y patrióticos arranques, en defensa del país oprimido, y **Abdala,** el protagonista muere heroicamente, después de haber derrotado a los enemigos de su patria.

Lo interesante de esta obra es ver cómo en ella revela Martí su amor inmenso a la patria, y cómo anuncia, entonces, su consagración a liberarla del tirano que la oprimía y su propósito de morir luchando por ella.

Cuba, es Nubia, en su poema, y en boca de **Abdala** pone lo que ya su mente pensaba y su corazón sentía por su patria.

"¿Acaso crees—dice **Abdala** a su madre—que hay algo más sublime que la patria?"

Y fija lo que para él es el amor a la patria:

El amor, madre, a la patria
no es el amor ridículo a la tierra,
ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca;
y tal amor despierta en nuestro pecho
el mundo de recuerdos que nos llama
a la vida otra vez, cuando la sangre
herida brota con angustia el alma;
la imagen del amor que nos consuela
y las memorias plácidas que guarda!

Expresa, después, que a la patria—como él lo hizo—debe consagrarse por completo el que se propone defenderla:

¡Quien a su patria defender ansía
ni en sangre ni en obstáculo repara!
Del tirano desprecia la soberbia;
en su pecho se estrella la amenaza;
y si el cielo bastara a su deseo
al mismo cielo con valor llegara.

Inútiles resultan los ruegos maternos para impedirle marchar al servicio de su otra madre, la patria:

Cuántos tormentos!... cuán terrible angustia!
Mi madre llora... Nubia me reclama...
Hijo soy... Nací nubio... ya no dudo,
¡Adiós! ¡Ya marcho a defender mi patria!

Herido Abdala de muerte, después de derrotar al enemigo, es traído a la presencia de su madre, y ante ella y los guerreros que le acompañaron en la batalla, muere feliz por la patria, ansia que ya acariciaba Martí y que vió lograda más tarde en la sabana de Dos Ríos:

¡Nubia venció!, muero feliz; la muerte
poco me importa, pues logré salvarla...
¡Oh!, ¡qué dulce es morir, cuando se muere
luchando audaz por defender la patria!

En esos primeros meses del año 1869, publicó Martí, según nota de Gonzalo de Quesada, "en **El Siboney,** periódico manuscrito que se repartía entre los estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana", el siguiente soneto en el que canta el alzamiento de Yara:

¡10 DE OCTUBRE!

No es un sueño, es verdad: grito de guerra
Lanza el cubano pueblo, enfurecido;
El pueblo que tres siglos ha sufrido
Cuanto de negro la opresión encierra.
Del ancho Cauto a la Escambraica sierra,
Ruge el cañón, y al bélico estampido,
El bárbaro opresor, estremecido,
Gime, solloza, y tímido se aterra,
De su fuerza y heroica valentía
Tumbas los campos son, y su grandeza
Degrada y mancha horrible cobardía.
Gracias a Dios que ¡Al fin con entereza
Rompe Cuba el dogal que la oprimía
Y altiva y libre yergue su cabeza!

Y llegamos a los hechos que produjeron su prisión, juicio, condena y deportación a España; hechos que han sido narrados detalladamente por Valdés Domínguez, cuyo relato, seguiremos en gran parte por ser su dicho el más autorizado, ya que fué también protagonista de esos sucesos.

El 4 de octubre de 1869 se encontraban en la casa de la familia de Valdés Domínguez, calle de Industria, número 122, en la ciudad de la Habana, Eusebio Valdés Domínguez, Manuel Sellén y Atanasio Fortier, y al pasar por frente a la casa, en las horas de la tarde, una escuadra de Gastadores del Primer Batallón Voluntarios de Ligeros, que regresaban de una **gran parada** que había tenido lugar ese día, parece que los tres amigos referidos, rieron de la broma de alguno de ellos, lo que fué tomado por los voluntarios como burla que les hacían. Aunque en ese momento no procedieron, por la noche, se personaron en la casa, con gran escándalo, varios soldados y un oficial, prendiendo a los dos hermanos Domínguez, al francés Fortier y al poeta Sellén. Y en el minucioso registro que hicieron, encontraron en el escritorio de Fermín y Martí varios periódicos de la época de la libertad de imprenta, entre ellos seguramente **El Diablo Cojuelo** y **La Patria Libre,** y una carta, cuyo sobre estaba sin cerrar, dirigida por Martí y Valdés Domínguez, a un condiscípulo, Carlos de Castro y de Castro, al que reprochaban de haberse alistado en las filas españolas, siendo cubano. Dicha carta decía así:

"Sr. Carlos de Castro y de Castro.

"Compañero:

"¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú como se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.

"José Martí.
"Fermín Valdés Domínguez.

Habana, octubre 4 de 1869.»

Esta carta determinó la prisión de Martí.

Se les formó causa "por insulto a la escuadra de Gastadores del Batallón Voluntarios primero de Ligeros, y sospechas de infidencia".

La tramitación de la causa duró hasta el 4 de marzo de 1870 en que el Consejo de Guerra, compuesto por don Francisco Ramírez y Martín, Coronel Graduado, Teniente Coronel del Regimiento Cazadores a Caballo de la Reina, como Presidente, y Felipe Plaza, José Carmona, Juan Bascuas, Florentino Izquierdo, Manuel Hebia y Carlos Colorado, como Vocales, dictó sentencia, condenando a Eusebio Valdés Domínguez y Atanasio Fortier, "a la pena de ser extrañados de la isla mientras duren las actuales circunstancias, con sujeción a la regla tercera del artículo ciento setenta y cuatro del Código Penal"; a Fermín Valdés Domínguez, a seis meses de arresto mayor; y a José Martí y Pérez, "a seis años de presidio, conforme al espíritu del artículo ciento cuarenta y dos, regla quinta del citado Código".

¿Por qué se condenó a Martí a mucha mayor pena que a sus compañeros? Tal vez por los antecedentes y pruebas que se aportaron a la causa: por sus trabajos en **El Diablo Cojuelo** y **La Patria Libre,** por las declaraciones que prestaría y principalmente por el discurso que dice Valdés Domínguez pronunció en el careo que a ambos se les sometió en averiguación de quién era el autor de la carta a Castro.

"Martí y Valdés Domínguez—dice éste—que tenían la letra muy parecida, sostuvieron ante el tribunal que sólo uno había escrito la carta y firmado por los dos. Pero en el careo a que se les sometió, Martí no dejó hablar al que él llamaba su hermano del alma, y con energía lo hizo él para demostrar que era suya toda la culpa, y formulando duros ataques contra España y proclamando, en párrafos correctos y elocuentes, el derecho de los cubanos a la independencia, asombró por su audacia y dominó con el hechizo de su palabra a aquel tribunal de militares sanguinarios y nada peritos en la aplicación de las leyes. Fué aquel su primer discurso y la prueba más hermosa de su lealtad de amigo agradecido y noble. Actos como éste sólo son propios de almas ejemplares como la suya. Diez y seis años tenía entonces Martí. El Fiscal pedía para él la última pena y para Valdés Domínguez diez años de presidio".

Aprobada la sentencia por el Capitán General, previo informe del Auditor, en cuanto a Martí se refería, se le señaló el Presidio como lugar donde había de cumplir la condena, ingresando en este penal el día 4 de abril donde estuvo hasta el 30 de septiembre en que fué trasladado a la Cárcel y de allí, desterrado a Isla de Pinos, el 10 de octubre, y a España, deportado, el 15 de enero de 1871.

De su vida en presidio, de los horrores que allí vió y de los malos tratos, sufrimientos y martirios que padeció y enfermedades que contrajo, Martí nos

ha dejado diversos relatos en cartas, artículos y versos, y principalmente en **El Presidio Político en Cuba.**

Destinado a la primera galera de blancos lo marcaron con el número 113 y le pusieron grilletes en ambas piernas, cuyas huellas no se le borraron nunca y fueron de tal modo profundas que en el acta del reconocimiento de su cadáver, efectuado el 25 de mayo de 1895, se hace constar por el Dr. Pablo Mª de Valencia: "Que presenta además en la pierna derecha y en su tercio superior una hendidura especial de la piel, correspondiendo a dicha hendidura un color algo más obscuro que el del resto del cuerpo, pruebas evidentes de haber sufrido en aquella parte, durante algún tiempo, una presión con la contusión consiguiente, producidas por un anillo de hierro colocado en dicho punto. Presentaba en las piernas señales de haber llevado grillos".

Tal fué el triste víacrucis que Martí, niño, sufrió, tal la dura lección que aprendió de lo que eran en Cuba la dominación y gobierno de España. Como dice Enrique José Varona: "El primer contacto de su alma pura con el poder brutal que dominaba su patria, fué ese cruel ultraje a la dignidad humana, respetable siempre, más respetable en la primera mocedad, risueña e inocente. Aquel niño soñador, de espíritu inmaculado, fué confundido en un presidio con criminales soeces, porque había escrito algunos artículos de periódicos, y un ensayo de tragedia. Todo el horror del sistema colonial de España se le reveló de una vez y para siempre. Los estólidos verdugos que cargaron de cadenas a aquel niño endeble, no podían sospechar, en la estrechez de sus entendimientos, el ángel vengador que había de surgir de entre aquellos hierros, armado con la lengua llena de imprecaciones y con la espada fulminante de rayos.

"El niño se hizo hombre en el dolor inmerecido y en la ignominia injusta, y el hombre comprendió su vocación irrevocable y se sintió profeta. Profeta para estigmatizar la protervia de la tiranía más inicua, y profeta para evocar, predecir y apresurar la resurrección, la regeneración del pueblo, que bajo esa tiranía agonizaba. Su espíritu entra desde entonces en ebullición, desde entonces comienza su labor perenne, su incesante actividad, el batallar que no había de encontrar descanso hasta la hora suprema de la final y gloriosa batalla. Su primer arma fué la pluma, su primer palenque la tribuna. Libertado de sus hierros, que son el primer timbre de su ejecutoria de mártir, sale desde luego a la plaza pública a predicar su cruzada. El tirano lo había arrancado de su Isla amada y lo había conducido al suelo de la aborrecida Metrópoli. Allí se encontró, y aceptó aquel campo para empezar la lid. No le importaba tener el sol de frente, ni que los jueces fueran sus verdugos. Desde entonces, y como siempre, tenía fe, fe profunda en la justicia de su causa".

Hemos querido ofrecer a los niños que lean **La Edad de Oro** estos datos biográficos de Martí, niño, para que comprueben cómo los consejos y enseñanzas que él da a los jóvenes, no fueron vanas palabras ni huecas prédicas, sino que su vida de niño fué ejemplo admirable de amor a sus padres, a sus hermanos, a sus maestros, a su amigo y compañero; de consagración al estudio; cómo desde niño, según él aconsejó después a los niños, no ocultó jamás lo que pensaba, y quiso vivir, y vivió honradamente; se preocupó por la suerte y la felicidad de su patria; combatió a los hombres que maltrataban su país y no se conformó con obedecer leyes injustas; se identificó con el pobre y desgraciado; defendió al trabajador; sufrió contento persecuciones, prisiones, destierros, dolores y tristezas; no supo odiar a sus adversarios, ni a sus enemigos, ni a los que le hicieron mal; consagrando, en resumen, su vida de niño y su vida de hombre al servicio de la libertad de su patria, por la que murió, peleando "como bueno", "de cara al sol", en los campos de Dos Ríos.

Porque fué así Martí, para los niños de América, ejemplo vivo de dignidad y decoro, como niño, como hombre, como ciudadano, Gabriela Mistral, la esclarecida maestra chilena, en sus **Consejos a una niña centroamericana** que le pidió un pensamiento para su álbum, le dice:

"No te olvides, si tienes un hermano o un hijo, de que vivió en tu tierra el hombre más puro de la raza, José Martí, y procura formarlo a su semejanza, batallador y limpio como un arcángel".

Emilio Roig de Leuchsenring

Sinfonía en blanco mayor

= Versión aproximada del célebre poema de *Théophile Gautier*, por *J. B. A.* =

Encorvando el blanco cuello,
se ve en los cuentos del Norte,
mujeres-cisnes que cantan
nadando en el viejo Rin,

o que cuelgan de una rama
sus plumosos atavíos
luciendo su piel, más blanca
que el ampo de su plumón.

De esas mujeres hay una
que desciende hasta nosotros,
blanca cual claro de luna
en una noche glacial;

y que a orgías de blancura
y de carne nacarada
los ebrios ojos incita
con su frescura boreal.

Entre las camelias blancas
su seno, globo de nieve,
lucha contra la blancura
de su veste de satín;

y en esta lucha de alburas
pierden flores y satines,
que sin pensar en vengarse
se cubren de amarillez.

Sobre el blancor de la espalda,
Paros de mármol radiante,
desciende escarcha invisible
como en la noche polar.

¿De qué nieves virginales,
de qué médula de cañas,
de qué hostia y de qué cirio
se formó su blanca piel?

¿Fué con el lácteo rocío
que mancha el cielo de invierno,
con la pulpa de los lirios
o blanca espuma del mar;

con el mármol, carne fría,
donde las diosas encarnan;
con la plata o con el ópalo
de vagas ondas de luz;

con el marfil, que a sus manos
transforman en mariposas
besando con blancas alas
a las notas de cristal;

con armiños impolutos
que, para abrigar sus fríos,
forran con sus blancas pieles
las espaldas o el blasón;

con el azogue fantástico
que imitan los ventanales;
con albas blondas de fuentes,
que alguna ondina lloró;

con los espinos de mayo
colmados de blancas flores;
con alabastros do encuentra
la Tristeza su palor;

con las plumas de la tórtola
que nievan sobre el castillo,
o estalactitas que caen
cual llanto en la oscuridad?

¿De Groenlandia o de Noruega
viene ella con Serafita?
¿No es la Virgen de las nieves
como una Esfinge invernal

enterrada en los aludes,
guardián de estrellados hielos,
y que en su pecho de aljófar
guarda un secreto glacial?

Bajo el hielo donde yace,
¿quién funde su corazón!
¡Oh! ¿quién le da un tono rosa
a su implacable blancor!

San José, C. R., 7, Enero, 1932.

Estampas

A propósito de «La Edad de Oro» de José Martí.

Martí tenía muy sabido que para los niños había que trabajar sin cansarse.

= Colaboración directa =

No es corpulento este libro de José Martí, formado con sus meditaciones escritas para los niños, lectores de estatura mínima. Gracián habla de aquellos que estiman "los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que los ingenios". **La Edad de Oro** fué formada para estimarse con las medidas sutiles del espíritu. Nació destinada a funciones creadoras en un mundo de delicada sensibilidad. Martí sabe que "a los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa que es como se lo está diciendo, porque luego los niños viven creyendo lo que les dijo el libro o el profesor, y trabajan y piensan como si eso fuera verdad, de modo que si sucede que era falso lo que les decían, ya les sale la vida equivocada, y no pueden ser felices con ese modo de pensar, ni saben cómo son las cosas de veras, ni pueden volver a ser niños y empezar a aprenderlo todo de nuevo". Y como lo sabe bien desentraña de su espíritu **La Edad de Oro** llena de alboradas. No es libro para sólo una generación. Lo piensa, lo medita, lo escribe para los niños de todos los tiempos.

En el **Epistolario** de Martí recogido por Félix Lizaso, con amorosa devoción, hay alusiones a **La Edad de Oro** que conmueven. Trabaja en el destierro y escribe al amigo así: "Esta misma, valgan verdades, no se la escribiría, de puro aborchonado, si no le hubiese ofrecido al editor de **La Edad de Oro,** buscarle, por medio de Ud., un buen agente en Guantánamo. Ud. debe haber recibido la circular, porque yo se la mandé y ahora recibirá el primer número. Dígame si he salido airoso, y si he dado con la manera de hablar con la gente menor. Lo que le ruego, pues, es que recoja Ud. del correo ese paquete de veinte ejemplares del primer número que le va certificado, y lo ponga en manos, con la carta adjunta, de aquella persona que por oficio o por afición pudiese servir en su concepto con más eficacia a **La Edad de Oro,** que no debe caer mal en Guantánamo, a juzgar por dos cartas recibidas de allí en respuesta a la circular. En la carta adjunta van las condiciones de la Agencia. Tanto el editor como yo vemos esto como empresa del corazón, y no de mero negocio, como notará Ud. en cuanto hojee el número; así que en el corazón quiero interesarle, aunque sea una sencillez, a ver si encarga Ud. de esto a persona que ponga empeño de amigo, y dé buenas cuentas". Y en otra: "Para mí,—Ud. lo ha visto como es,—esas cosas de niños son un trabajo del alma, que está bien pagado con que hombres del temple y limpieza de Ud. me lo tengan en cuenta".

Conmueven esas alusiones porque reflejan el amor profundo con que Martí hizo su obra, realizó una empresa del corazón. Para dar lectura a los niños, a la gente menor, corrió tras la gente mayor suplicante. Es la tragedia de siempre nacida de la incomprensión, del egoísmo. Martí sabía que había puesto en su vida la tarea que pide sacrificio, la tarea de decir a los niños nada más que la verdad. Y para realizarla contaba con los hombres a quienes les salió la vida equivocada porque vivieron cosas absurdas contadas por el libro o por el profesor. La ayuda no le llegó de esa gente extraviada por una pedagogía tonta y **La Edad de Oro** dejó de publicarse al cuarto número. Dejó Martí un libro de enseñanzas profundas y perdurables. Creyó dar cosas de niños simplemente. Pensó que su diálogo era no más que el diálogo infantil. Sin embargo, su meditación descubrió vertientes para la gente menor y mayor.

En manos de los niños pongamos **La Edad de Oro** para que aprendan "lo que deben saber para ser de veras hombres". Mas los mayores debemos leerla. En la obra fina de Martí los grandes hombres adquieren sentido y dignidad. No por que no la tengan, sino porque él es educador y tiene visión. Sus hechos constructivos los relaciona con la vida haciendo que la sirvan y la inspiren. Hace que dialoguen y no mueran para las generaciones que los buscan. Grande como fué Martí buscó la compañía de calidad y realizó su aspiración de ser como ella. Nos dejó un Bolívar, un Hidalgo, un San Martín con sentido y dignidad. El espíritu va a esa relación fecunda y recibe luz. Son tres héroes de verdad, severos, varoniles, que lucharon por "el derecho de América a ser libre". No los toma y los alfeñica. Recios son y la finura que Martí les infunde es la finura de otro héroe. Para los niños de América, de esta América nuestra, meditó en la gloria de nuestros grandes hombres. Sacó de ella todas las enseñanzas y fué la mayor en decirnos que los conservemos libres de la oficialización, sea de gobiernos, sea de instituciones subordinadas a ellos.

Sólo libres pueden seguir en su ministerio de guías de estos pueblos. El afán será siempre cautivarlos, ponerlos brillantes y ostentosos con el esmalte de la oficialización. Pero si somos fieles a Martí no iremos por ese extravío. ¿Qué pide él al niño que ha de ser hombre? Valor, ejercicio de su libertad que es honradez para pensar y hablar. Quiere formar grandes espíritus para la lucha cotidiana que es la lucha de toda la vida. Combate la sumisión, que es cobardía. Vigilancia en todo tiempo. "El niño—dice—desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres y debe ser un hombre honrado". Esa aspiración por defender nuestra dignidad y decoro nos viene de nuestros héroes que son también nuestros grandes hombres. Bolívar asoma su mirada a una América esclavizada, muerta espiritualmente. Hidalgo y San Martín no ven un panorama diferente. Precisa devolver a estos pueblos la libertad para que sean decorosos, para que tengan dignidad. Son entonces estos tres hombres llamas que prenden por toda América.

Con esa virtud del fuego debemos conservarlos. Nada de buscarles acomodo en palacios suntuosos a los cuales no se entra sino es muerto para toda obra de creación. Martí quiso que los niños de nuestros pueblos tuvieran el sentido real de Bolívar, de Hidalgo, de San Martín y se puso a meditar en sus hechos y escribió para **La Edad de Oro** el relato de los tres héroes. Pero también en los mayores debió pensar. Preguntaba si había dado con la manera de hablar con la gente menor. Digámosle que todos volvemos a ser menores cuando buscamos en su lenguaje iluminado inspiración para la lucha en que continúa empeñada la América nuestra. Buscó él libertad para su patria y nosotros hablamos en defensa de una libertad como la que él pedía. No son páginas muertas estas de **La Edad de Oro.** Vienen con tanta vida como recibieron de Martí. Las leemos y no nos invade ni lirismo ni infantilismo. Traen fuerza al alma y la llaman al combate. La despiertan a una inconformidad fecunda.

¿Que mayor bien para estos pueblos adormecidos que la lectura de Martí? Y si la entrada a su mundo puede dárnosla un librito sin corpulencia, escrito para ejercitar los ingenios de los menores, busquemos al guía y caminemos. El tiempo es de vigilancia y de lucha. No es posible volver a los días en que "en América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar". Si nos volvemos menguados y creemos que la obra constructiva de nuestros mayores debe desaparecer, entonces la oscuridad de que nos creímos libres se hará de nuevo. Las acechanzas son iguales y sólo formando generaciones con sentido de la libertad podremos vivir con decoro. Martí tenía muy sabido que para los niños había que trabajar sin cansarse. Por eso hizo para ellos obra de finura sin igual. Empresa del corazón sentía que era la de **La Edad de Oro** y la trató con amor y sacrificio. Correspondamos al magnífico esfuerzo empeñándonos en difundir este librito recogido hoy segunda vez por mano cubana. El día 27 de julio de 1889 escribía Martí buscando personas que por su oficio o por su afición pudiesen servir las agencias de **La Edad de Oro.** En este otro 27 de julio de 1932 un lector preocupado toca a la puerta de todos aquellos que tengan oídos para oír y les pide difusión de la misma **Edad de Oro.** Martí quería "empeño de amigo" para lograr suscripción nutrida. Mas ahora que la obra está concluída digamos a estos pueblos sobre los cuales él miró con desvelo inteligente, que si quieren ser honrados y cuidar de su decoro y de su libertad, que lean estas páginas que reunen la obra de finura sin igual. Busquemos a Martí y si antes no tuvimos el pensamiento puesto en él, no lo separemos ya más ahora que **La Edad de Oro** nos ata a su vida iluminada.

Juan del Camino

Costa Rica y junio de 1932.

La quinta estación

= Envío del autor =

1

Oh cielo lento del augurio vivo,
en pasado ya canta la Esperanza
instantes de la flor: ya es ¡ya fué!
Ante la llamarada del Estío,
Primavera imperial, ya tu inminente
y vasta presunción feliz se inclina:
tu cuerpo decisivo sueña ungido
de coloquios de pájaros en fiesta,
cede, se abre, estalla tal granada
y tu impecable labio pensativo
gime tu gloria efímera de Pródigo
Infante por su ángel olvidado
en la mano robusta del Verano,
hacia la poma en que la flor se muere.

2

Presencia minuciosa del Estío
en la pericia del solsticio ciego:
el sol augusto, irrefutable reina.
Alas y garras de oro avasallaron
la sierpre flúida y ya es afluente
de la noche de mitos inventora.
En dibujo concreto, a la deriva
en fina arena de marfil y oro,
la trémula memoria de la fuente
con intacto afán, cándido, presiente
su forma fiel, exacta y transparente
huir, en la mentira que la nombra,
hacia el delgado Otoño de la sombra...

3

Otoño sin espejos y sin lámparas,
pareces un palacio sin ventanas:
ciñe tu voz mural de cal y canto,
de canto y cal y arenas de tus playas.
Las hojas que se pudren unifican
íntimos duelos en la flor postrera
desnuda hacia la muerte en el volumen
de su arquitectura y tu memoria.
Perfecto diapasón de los colores
¡oh mundo suave, murmurado y lúcido
en equilibrio entre las dos violencias,
qué serena y qué presente la estatua,
la luna de marfil sobre tu plata,
el árbol, la manzana, la tristeza!
Nada quieres, Otoño satisfecho,
tan sinuoso y consciente como estricto,
Otoño reflexivo, ensimismado
en violado, ceniza y amarillo...

4

Culto Invierno, túnel de la flora,
una rosa en la boca del fusil
venir parece de la muerte misma:
urgen palmeras en derrota fugas
hacia la erguida Primavera alta
raptando los colores desvalidos
para el amor del impaciente Estío.
Tu impávida justicia que las tasa
con voz paciente, clásica y adusta
a intrínseco lucir todo condena
sobre la herrumbre neutra de tu bruma.
¡Ah ya irrumpe en la corteza un grito
tenso como de rumbos vela en cinta
con el asentimiento de los cielos,
nave soñando y en su incendio tinta
navega en hombros de su limpia lumbre,
titubea y se anima entre los hielos
trémula llama verde en que resume
coros de gloria el árbol, con ahinco
loco de ciego por abrir los ojos
y al horizonte recular de hinojos:
mil veces Primavera la victoria!

5

Ni la sutil mañana o la maciza
noche que por mis pies sube a mis ojos,
ni las trompetas claras del Verano,
ni el duro Invierno nivelador
que hace a la Primavera rastacuera,
ni el Otoño que ahonda su estupor
en violado, ceniza y amarillo...
¡Oh ramos transparentes del afán
y de la sed sin término y sin forma,
sólida luz entre la eterna niebla,
tiempo mío, siempre sin experiencia,
colmado de la flora de los polos
y pájaros sin cuerpo de alas sólo,
recostado hacia atrás,—en la memoria—
viudo de ti de intermitentes muertes,
tu perfecta presencia sin distancias,
precisa y clara aún cuando se aleja,
retuerce tu metal para pulseras
en mi cuerpo de fervor y espuma.
Todo se ahonda dentro de ti mismo,
mental: fruto primero, flor después,
arrecifes de liras y heroísmos
por mi sangre y mi sueño a la deriva
¡corazón del mundo al fin encallado
dentro de mi! isla fuera del tiempo,
azar seguro en que me encuentro
sólo con mi yo más yo que yo mismo,
cierto como los números tranquilos,
sí, Soledad, Robinson sin retorno.

Luis Cardoza y Aragón

En París, 1931.

FRANCIA ROMANA

Del Presidente inmolado al Presidente campesino

= De *El Sol*, Madrid =

Esa romanidad de Francia, que el alemán Curtius nos ha venido a repetir en un libro reciente, enriquece hoy su canto secular de tenacidad y sacrificio con una doble y clara estrofa de emoción, que suena en la más alta de las magistraturas del Estado para resonar en la nación entera.

"La tierra y los muertos", decía Barrés, como si en esas palabras fuese contenida, toda entera, el alma de Francia. No hacía con eso sino repetir el más romano verso de Virgilio: "La patria rica de cosechas y rica de héroes"...

Del fondo más oscuro y sufrido del país de Francia, este sentir, que es como la sangre del corazón de Francia, asciende sin cesar al esplendor.

Hijo de un peón ferroviario, M. Doumer llega a la Presidencia de la República; pero lo que signa de gloria superior su vida intachable es haber dado cuatro hijos en holocausto a la patria y el haber sido él mismo, en su venerable ancianidad, sacrificado, por ser la más alta representación de la patria. Al presidente de una familia de héroes—donde lo más heroico es ya el deshecho corazón de una viejecita que ha visto cinco víctimas arrancadas a la paz del hogar para teñir una misma bandera—sucede un presidente de familia de campesinos, campesino él mismo hasta los albores de la mocedad, campesino de corazón siempre.

Decir Doumer es como decir "héroes". Decir Lebrun, como decir "campesinos". Toda la clave de la historia de Roma en los siglos, toda la clave de la historia de Francia en los siglos está encerrada en esas dos palabras: "héroes", "campesinos". El equilibrio de la pastoral y de la epopeya—todo Virgilio o todo Plinio, las Geórgicas y la Eneida, la Historia Natural y la Historia Militar— es la gran clave de la historia clásica. Y el soldado y el campesino—los hijos de Doumer o los antepasados de Lebrun— son inseparables. No pueden vivir los unos sin los otros, porque, como decía el poeta: "Cerca del límite en que cada Estado comienza, no hay espiga limpia de sangre humana". Fatalidad o necesidad; pero es así. Sin la sangre generosa de los Doumer, sin la tenaz fatiga de los Lebrun, no vive y crece la historia de Francia. Inseparables, unos y otros, porque al decir de Catón, de aldeanos se hacen los mejores soldados, los durísimos defensores; "At ex agricolis et viri forttissimi et milites strenuissimi gignuntur"... Pero todavía antes que los soldados son los campesinos. No hay capitán sin labrador, decía nuestro Calderón de la Barca. Y Luis XIV escribía esto mismo al Delfín: "Los labradores—le dice—son de mayor utilidad que los soldados, porque sin su trabajo ni los soldados ni los pueblos sabrían subsistir"... Era la gran tradición de Francia, la tierra, que el Bearnés de Irvy, criado entre aldeanos bearneses y vascongados, había ya mamado con la leche de sus ocho amas vascas. Y para rehacer la grandeza de Francia, el grito de Sully, su primer ministro, al pueblo, a los gentileshombres "campagnards" victoriosos de la guerra civil, a la alta nobleza, fué éste: "la tierra!" Los señores no cazaron ya entre las mieses y las vides; el fisco no secuestró los aperos de labranza por las contribuciones impagadas; las bandas señoriales no hicieron rapiña en los burgos humildes ni violencia sobre las doncellas campesinas.

Se empezaron a secar pantanos, y hasta los más altos señores se hicieron labradores—como ahora los labradores señorean el Elíseo,—y el primero entre todos fué aquel Oliverio de Serres, que escribió un libro, todavía luminoso y altísimo hoy para quienes se ocupen de reforma agraria, el "Théatre d'Agriculture et menage des champs", que Enrique IV se hacía leer todos los días. Era la que el tiempo a venir revelaría como una doctrina eminentemente francesa, a través de todas las vicisitudes. Hoy, como ayer, el campesino y el soldado, sobre todas las ideologías posibles, cara al presente, cara a los siglos, cara a lo porvenir, son lo permanente de Francia. Decir "paysan" es como decir la trama social más nacional y fuerte del país. "C'est le fond du pays et des hommes", dice Benoist. Francia es, históricamente, "una tierra", y el francés, ante todo, un aldeano. "El resto—añade Benoist—es adventicio y en cierta medida, que, es cierto, se restringe más cada vez, accesorio". El cimiento de la historia de Francia es lo rural y lo heroico. De ahí su clasicidad, su romanidad, porque lo rural y lo heroico son todo el nervio virgiliano, la "tanta molis erat" de la historia romana. Labranza y propiedad rural están más repartidas, mejor repartidas que en ninguna otra tierra del mundo. Y aunque la vida moderna conduzca a los hombres a aquella que llamó Catón "ignominia" de abandonar el campo por la ciudad, el francés guarda siempre en su pecho el "regret" de la tierra, como ninguno cuando está lejos, el gusto y la ufanía de volver a su tierra aldeana y labrantía, como Clemenceau viejo y como un día Ulises viejo o Cincinato viejo en sus cuatro yugadas, al pie del monte Vaticano. En la tierra, en los muertos por la tierra, pone Francia—romana—lo que la ha hecho grande, lo que la sostiene y la sostendrá grande: una conciencia de los antepasados y de los descendientes, un altísimo templo moral, una cultura clásica, que es toda ennoblecimiento y poesía de la tierra y los muertos; una ritualidad de la conducta, un sentido arraigado, metódico o aventuroso, tenaz, parsimonioso, resistente y sufrido de la vida humana, "corvée" de surcos y trincheras.

Los escritores, los políticos, se enorgullecen de su origen "paysan", con un orgullo que nosotros no conocemos. Es la gloria del mayor poeta de la Francia contemporánea, la gloria segura y soleada de Mistral, con Mireya, "racimo de Crau, que con todas sus hojas ofrece un aldeano". Desde las húmedas campiñas del Norte a los olivares de Provenza, toda Francia se alegra hoy de tener un Presidente de familia de aldeanos, y toda Francia se enorgullece hoy, conmovida, al envolver en la bandera nacional al Presidente inmolado, que dió cuatro héroes a la patria. Equilibrio de la pastoral y de la epopeya. El escudo de la mejor España, antes que entre columnas vanagloriosas de "Plus ultra" se colocó, como en un fiel, entre el yugo del buey, geórgico, y el haz heroico de las flechas. Era como un recuerdo de la mejor moneda de Atenas: ora con el signo del buey, ora con el signo del sagitario.

J. de Izaro

INDICE
DEL TOMO XXIV

AUTORES Y ASUNTOS





Imprenta LA TRIBUNA